

# CONALI INFORMA

## “ EL ESPACIO LITÚRGICO: CASA DEL ENCUENTRO CON CRISTO ”

### *De la última cena a la domus ecclesiae*

La “última cena” es un paradigma de la liturgia cristiana. Aunque no sabemos exactamente la forma en que fue celebrada esa primera eucaristía, sabemos que Jesús lo hizo en aquella “pieza grande, amueblada y lista” (el *cenáculo*, cf. Mc 14,15) que un desconocido puso a su disposición. La primera eucaristía fue una cena convivial, la cena pascual judía. En ella Jesús adelantó sacramentalmente el sacrificio de la cruz y dejó un testamento que sus discípulos debían perpetuar “en memoria suya”.

A partir de ese legado y de otros signos de Jesús, las primeras comunidades cristianas comenzaron a desarrollar la variada riqueza de la liturgia. La “fracción del pan”, como se la llamó en los inicios, era celebrada en las casas de los fieles. El bautismo, en los ríos o arroyos. No había edificios especiales para los ritos. Los primeros cristianos transfirieron la centralidad que tenía el Templo de Jerusalén en la religión judía a la “ekklesia”: la asamblea de los creyentes que se reúne para orar, escuchar el testimonio de los

apóstoles y partir el pan en comunión fraterna. No hacía falta el Templo. La pequeñez, precariedad e inseguridad de los inicios del cristianismo tampoco le permitían pensar en edificaciones especiales para su culto naciente.

San Pablo afirma que Dios “no vive en templos contruidos por hombres” (Hch 17,24), marcando así la diferencia con la importancia del Templo para el judaísmo, y Dionisio de Alejandría relata que “cualquier lugar, el campo, el desierto, un navío, un establo, una cárcel, nos servía como templo para celebrar la asamblea sagrada” (citado por Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica, PG 20, 688).

La “*domus ecclesiae*” (casa de la asamblea) fue el primer edificio que acogió la liturgia cristiana. Era la casa que un fiel ponía a disposición de la comunidad para sus celebraciones, y que poco a poco fue usada en exclusividad para la catequesis y la liturgia, especialmente para los sacramentos de la iniciación: el bautismo y la confirmación, inicialmente unidos en un mismo rito, y la eucaristía.

### ***De la basílica al edificio contemporáneo***

Pero el crecimiento de las comunidades primero, y el fin de la persecución de los cristianos después, cambiaron la situación. Se comenzaron a construir los primeros edificios para el culto. Cuando el cristianismo terminó por instalarse como religión del imperio romano, las mismas autoridades promovieron al construcción de las primeras grandes edificaciones litúrgicas, tomando el modelo de las basílicas romanas, edificios civiles que podían cobijar grandes multitudes en actividades comerciales, judiciales y políticas. En Roma, la capital del imperio, las primeras basílicas cristianas fueron construidas durante el reinado de Constantino Magno: la de San Juan de Letrán, edificada en torno al año 320 y la de San Pedro, en torno al año 326, grandes edificaciones de cinco naves. Más adelante, en tiempos del emperador Teodosio (379-395), fue construida la basílica de San Pablo Extramuros, única de las anteriores que, a pesar de una reconstrucción del siglo XIX, mantiene el aspecto global que tenía en sus orígenes. En el mismo siglo IV se edificó la gran basílica de la Resurrección (Anástasis) en Jerusalén. Por todo el imperio se erigieron iglesias pequeñas y grandes que dieron a la liturgia cristiana una casa propia definitiva.

La impronta “celebrativa” de esos primeros edificios del culto cristiano es notable. Lejos de ser construcciones hechas para que habitase Dios, fueron espacios diseñados y contruidos para que la asamblea celebrase su fe. Y tan importante era esa asamblea que

cobijaban (*ekklesía*= iglesia) que terminaron por tomar su nombre: iglesias.

Sin embargo, el que no sean lugares de habitación de la divinidad no significa que no fuesen considerados lugares “sagrados”. La propia importancia de lo que en ellos acontece los sella con un carácter especial, distinguiéndolos del espacio profano que los rodea. Esta sacralidad se va acentuando con los siglos. A ella se agrega la creciente conciencia de la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, de las cuales el pan se comienza a conservar en un lugar especial, el Sagrario o Tabernáculo, que con el tiempo adquiere una gran importancia en el espacio litúrgico.

El edificio de planta rectangular con ábside al fondo tuvo éxito en occidente; el oriente prefirió el de planta central, con cúpula sobre el gran espacio de la asamblea y ábsides en tres o cuatro lados. Con múltiples variaciones, el esquema basilical de planta alargada prevaleció en occidente hasta el Concilio Vaticano II. Pero ya el Movimiento litúrgico había vuelto a valorar el sentido comunitario de la asamblea celebrante. El paradigma de la última cena volvía a emerger como tipo de la eucaristía y de la liturgia de la Iglesia.

En el edificio católico el altar siempre ha ocupado el lugar preponderante del espacio. La Contrarreforma, en su afán por contrastar la devaluación de la eucaristía y la negación de la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, promovida por los protestantes, llevó a un desarrollo exacerbado del altar, que se

expandió como altar-retablo, llegando a cubrir todo el ábside o la pared del fondo de las iglesias. Más que un altar para celebrar la eucaristía, el retablo era un enorme ostensorio en cuyo centro se buscaba destacar la presencia real de Cristo. La eucaristía llegó a ser más para “verla” que para “celebrarla”.

La reforma litúrgica volvió a poner el altar, como mesa de la cena y piedra del sacrificio, en el centro de la celebración eucarística. Junto con el ambón, son los dos focos del espacio celebrativo que deben atraer espontáneamente la atención de la asamblea y ser vistos sin obstáculos: Palabra y Eucaristía. En torno a ellos, la asamblea, toda ella participante, se sitúa como un abanico en torno a su eje. Ese eje es el altar, y el altar es Cristo. En la liturgia, Cristo es el centro y está representado en el altar. El altar está “en medio” de la asamblea, como el Señor, no fuera de ella: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos” (Mt 18,20).

### ***El simbolismo cristiano del espacio litúrgico***

El espacio litúrgico sigue siendo un espacio determinado por la acción que en él realiza la asamblea, la Iglesia: su liturgia. Esa es su esencia. Y por ser la liturgia “acción sagrada por excelencia” (SC 7), hace sagrado el espacio que la cobija. Podemos hablar así de “arquitectura sacra” así como hablamos de “arte sacro”. Espacio para la Iglesia de Dios / espacio de Dios para la Iglesia.

El gran arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright afirmó que “el ingreso en un edificio sagrado debería ser como descansar en la

mano de Dios”. El espacio litúrgico es un espacio tanto de oración personal como de celebración eclesial. Es un lugar de encuentro con Cristo, individual o comunitario. Y si bien la oración y la celebración se pueden hacer en cualquier lugar, porque Dios “no vive en templos construidos por hombres” sino que está en todo lugar del universo, el creyente les ha construido un espacio para cobijarlas, así como ha hecho con la vida familiar, con el trabajo, con el deporte y con toda actividad humana. Y ha embellecido ese espacio de acuerdo a su propia cultura, porque en la belleza de las cosas ha visto el destello de Dios mismo.

La arquitectura sacra simboliza el anhelo del ser humano de acercarse a lo divino a través de la creación de lugares específicos para el encuentro profundo y nutriente del discípulo con su Señor. Por eso, el espacio sagrado “habla” de Dios y favorece el encuentro del creyente con Él. El simbolismo juega un papel de primordial importancia en el espacio sagrado. No es un espacio neutro ni simplemente útil. Es un espacio con sentido.

A lo largo de la interesante historia del edificio litúrgico, éste ha sido a menudo entendido como un modelo cosmológico. La cúpula que cubre el espacio representa la bóveda celeste, y su centro, frecuentemente señalado en el pavimento o coincidente con el altar, es el ombligo del mundo; el baldaquino también es un signo de la esfera celeste sobre el altar. El patio cuadrado del ingreso de muchas iglesias medievales, con su fuente de agua fluyendo hacia los cuatro puntos cardinales en el centro, es una representación del “paraíso” y así fue

llamado. El edificio “orientado”, es decir con el ábside y el altar contruidos en el extremo oriente, por donde sale el sol, es un signo de Cristo, “Sol que nace de lo alto”. Ingresando desde el occidente, se imprime una dirección al fiel que entra en la iglesia: transita desde lo profano a lo sagrado, desde el mundo hacia el cielo. El eje vertical, que une tierra y cielo, está representado por la torre. La verticalidad del edificio, que se fue acentuando con los siglos y a medida que lo permitían las nuevas técnicas constructivas, simboliza el anhelo de Dios y acentúa la condición creatural del ser humano. Se da gran importancia a los umbrales, a los caminos y recorrido simbólicos, a los límites, al centro, a la forma de cruz; y por sobre todo, al altar, símbolo de Cristo. El tabernáculo fue acentuando su condición simbólica de “habitación de la divinidad”. La luz fue adquiriendo cada vez más importancia como símbolo divino, llegando a su clímax en la arquitectura gótica. Dios es luz, la luz es vida.

### ***La aptitud, dignidad y belleza del espacio litúrgico***

¿Cómo hacer para que nuestros edificios litúrgicos estén a la altura de su profundo simbolismo? ¿Cómo hacerlo sin que pierdan la vital sencillez de las “domus ecclesiae” ni cedan a un funcionalismo estéril, abstracto y a veces feo, o al descuido o incluso la insensibilidad frente a lo simbólico? En una frase, ¿cómo hacer para que sean al mismo tiempo adecuados a su función y elocuentes de su profundo significado?

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II ha devuelto al espacio

sagrado su función específica e irrenunciablemente *litúrgica*, es decir, celebrativa. Se trata de un espacio para la función litúrgica, cuya atmósfera debe invitar a la alabanza y ser, él mismo, una alabanza. Un espacio que hable de Dios, que revele su presencia e invite al encuentro con Él. Un espacio a la vez natural y sobrenatural. Un espacio místico, que favorezca el diálogo entre el creyente y la comunidad creyente con el Señor. Un espacio denso de sentido, que en medio del mundo –no fuera de él– es como la tienda que planta en la tierra Dios encarnado. Un espacio hermoso.

Como dice la Introducción general al Misal Romano de 2002, lo que se pide a los espacios contruidos para la celebración litúrgica es, ante todo, que sean “*aptos para la celebración de la acción sagrada y para procurar la participación activa de los fieles*”. Además, que sean “*en verdad dignos y bellos, signos y símbolos de las realidades celestiales*” (IGMR 288).

***Aptos***: que tengan las condiciones específicas para la celebración de la liturgia. Muy especialmente, que permitan la participación activa de los fieles, valor principal de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Que faciliten la acogida y la celebración de la asamblea, sean cómodos y seguros.

***Dignos***: que correspondan, en su materialidad, al alto valor de lo que representan: la asamblea, Cuerpo de Cristo, reunida para celebrar su fe. La dignidad pide verdad y sensibilidad al valor de la liturgia. Que el espacio que lo celebra sea “digno de tan grande misterio”.

**Bellos** no en primer para resultar gratos a los usuarios, sino por una razón teológica: corresponder a la hermosura del Misterio celebrado; recordando siempre que la belleza no es sinónimo de riqueza, ni menos de extravagancia o rebuscamiento. La IGMR pide buscar “una noble sencillez, más que la suntuosidad”, en la ornamentación del espacio litúrgico.

*Aptitud, dignidad, belleza...* son las notas esenciales con las que todo lugar de la celebración litúrgica debería ser confrontado, no sólo al momento de ser proyectado por sus arquitectos y demás artistas, sino también ante toda remodelación que se emprenda. En un país de terremotos como Chile se da, con cierta frecuencia, la oportunidad de reconstruir o reparar edificios litúrgicos. Vale la pena evaluar los espacios para el culto que tenemos a la luz de estos criterios.

### ***Los lugares focales del espacio litúrgico***

La IGMR dedica al espacio celebrativo los números 288 a 310. Además de los principios generales se detiene en los tres lugares más importantes que concentran la atención de la asamblea y de la celebración, por su densidad teológica y litúrgica: el altar, el ambón y la sede.

Los tres se sitúan en el presbiterio, que se distingue del lugar de los fieles (“nave”) por su mayor altura o su estructura y ornato particular. Se distingue, no se aleja ni separa.

El **altar**, máximo signo de Cristo durante la celebración de la eucaristía, debe ser “el centro hacia

el cual espontáneamente converja la atención de toda la asamblea de los fieles” (IGMR 299). Esto se logra no sólo por medio de su colocación en un lugar verdaderamente central del espacio, sino también por su diseño y materialidad. Un altar demasiado pequeño, oscuro o ligero se puede hacer “in-significante”. Por otra parte, hay que evitar que sea extravagante, rebuscado o exagerado, y sobre todo que no se vea porque lo ocultan el mantel, las flores u otros objetos. ¡El altar tiene que verse! El mantel sólo cumple su verdadera función durante la celebración litúrgica, y aún entonces no debería nunca tapar el altar o parte de él, sobre todo su frontis.

El **ambón**, en cuanto sede de la Palabra, también debe estar situado en un lugar visible desde cualquier punto del sector de los fieles. En iglesias grandes es fundamental que cuente con un buen equipo de amplificación. Lo mismo que se espera del altar, vale para el ambón: que su presencia destacada en el espacio celebrativo se deba principalmente al lugar que ocupa y a su diseño y materialidad. Se ha tomado cada vez mayor conciencia de su valor equivalente al del altar en la celebración de los sacramentos, y por ende de que no debe ser, en las iglesias mayores, un simple atril móvil como hay en muchas capillas, sino un mueble fijo, proporcionado al altar, del mismo material y similar diseño que éste.

De la **sede** se dice en IGMR 310 que se evite toda apariencia de trono. Se trata de un lugar principal del espacio litúrgico, pero no del asiento de un monarca. La “noble sencillez” tiene aquí un buen desafío. Hay que insistir

en que la sede es *una sola* por el simbolismo que tiene: Cristo preside la liturgia cristiana, y la sede es el lugar de quien lo representa. Hay que evitar la costumbre de tener tres sedes, una central más grande, y dos laterales más sencillas. ¡La sede es *una*! Para la concelebración se puede construir una banca larga a ambos lados de la sede o, mejor, traer desde otro lugar sillas para la ocasión. Si la sede está siempre flanqueada de dos sedes menores, se desvirtúa su significado.

Altar, ambón y sede deberían ser objeto de un diseño común y armónico, de modo que los tres sean de los mismos materiales y destaquen por su similar apariencia. Los tres comparten el mismo, alto simbolismo crístico: Cristo-misterio pascual (altar) / Cristo-Palabra-hecha-carne (ambón) / Cristo-cabeza y sacerdote (sede). Cuanto mejor estos tres lugares lo expresen, más ayudarán a que el espacio “hable” a la asamblea que en él celebra su fe. Será una auténtica casa del encuentro con el Señor.

*Guillermo Rosas ss.cc. - CONALI  
Doctor en Sagrada Liturgia*